



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM 11848

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

JUEVES 9 DE MAYO DE 1901

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette rue Camartin 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA PENA DE MUERTE

Decididamente esa pena debe de ser borrada del Código penal. Solo así podrá estar segura la conciencia de que no ha de ser perturbada por esos tremendos errores judiciales, que, cual el que sentencié á la guillotina al pobre cura francés, de qué la prensa se ocupa estos días, sumen el alma en plátagos de horrores.

Más vale que se salven cien criminales que no que se castigue á un inocente; esto han dicho los criminalistas y en esta conducta que tiene por objeto prevenir la caída en el error, se han inspirado siempre los legisladores para hacer los códigos.

Sin embargo, el error hace acto de presencia. Circunstancias que parecen obedientes á un plan; coincidencias fatales que se acumulan como pruebas de convicción sobre frentes sin mancha y honras sin mancilla, hacen aparecer á algunos hombres como delinquentes probados; y merced á esas fatalidades y á esas coincidencias, arrastran algunos el grillete y presentan otros el cuello á la argolla.

Cuando el delito no exige el precio de la vida, el error no es irremediable. Una vez descubierto se puede restituir todo lo perdido: la libertad, la honra; aun el tiempo pasado en la prisión se indemniza ya que no puede reintegrarse de mejor manera. Mas cuando la pena es tan grave como la capital y el fallo del tribunal se cumple como refugio al pobre reo en lo perdido si se descubre después que no fue delincuente y no mereció la tremenda condena que la ley le impuso? ¿Cómo devolverle la vida? ¿De qué modo pagarle las horas pasadas torturando el magín, buscando elementos de defensa para hacer luz en las negruras de un proceso que le acusa de cri-

menes que no ha cometido? Cuando se descubre el error podrá limpiarse su memoria de culpa; los que le creían asesino lo considerarán mártir; la justicia proclamará su inocencia y la sociedad prorumpirá en lamentos; pero el pobre ajusticiado no volverá á la vida.

El error judicial á que dió margen la causa de Rejo pudo solucionarse; pero el de aquel pobre panadero descubierto por casualidad, el de los hermanos Marina, el del cura francés y tantos otros no han podido tener solución.

Cierto que hay crímenes que espantan. En algunos se descubre un grado tan grande de perversidad que provocan la venganza más que la justicia. Las víboras deben aplastarse, derribos á veces en presencia de uno de esos crímenes horrosos que sublevar la conciencia pública.

Más ¿cuáles son las víboras? El panadero que resultó asesino de una pobre mujer sorprendida en el lecho, víbora pareció. Víboras parecieron también los hermanos Marina, y la sociedad quedó satisfecha al verlos aplastados. Mas que víbora debió parecer el pobre cura que murió mártir de un juramento sagrado. ¿Tan horrendo pareció su crimen, que no pudieron librarle la vida las suplicas del Papa?

Sin embargo no eran víboras aunque lo parecían. El delito no los tuvo nunca por devotos; pero el destino, la mala suerte, la desgracia los hizo sus víctimas.

¿Cuáles son las víboras? Si las que parecen ser más venenosas resultan mansísimos corderos ¿cómo no abominar de esa pena de muerte que no deja lugar al remedio cuando se aplica por error?

CAPUCHINERAS

No te he llevado á la Iglesia ni te he puesto en el altar,

porque voy á tener celos del cura y del sacristán.

Me arrepentí muchas veces de expresar lo que sentí; desde que vivo callando ya comienzo á ser feliz!

Tu querer es amanuense que anuncia lúgubres diatribas; ahora toca no quererte! ¡ya me querrás otro día!

Anda y que te den un tiro y no me pidas perdón, ¡que en mi nido ya no quiero ave que tanto voló!

La llamé en el campo santo y en los arrullos del eco, ó una voz que decía: —hasta ontrerrada te quiero

Eres tú, serrana mía, como sombra de mi cuerpo, que huye cuando la persigo y me sigue si me alejo.

Siempre me pasa lo mismo cuando á tu lado me acerco: calló lo que he de decirte y digo lo que no quiero

Narciso Diaz de Escovar.

Las compañías extranjeras

Y LA RUTINA NACIONAL

Se truenan por algunos periódicos contra las compañías extranjeras que en Madrid, en Barcelona y en otras grandes capitales se han apoderado de los tranvías, añadiéndose, sin lógica, que los pueblos que no tienen independencia económica concluyen por perder su personalidad y aun por incurrir en mayores riesgos.

En tiempo oportuno habrían sido provechosas estas observaciones. Antes que las hubiera en España, había ya tranvías en bastantes capitales de Europa, y fácil era apreciar las ventajas de su explotación.

Probablemente con un millón de pesetas hubiera podido empezarse en el negocio de los tranvías—que ha llegado á ser bien pronto un negocio fabuloso,—y sin

embargo, los capitalistas españoles no lo vieron ó lo desdénaron, prefiriendo seguir empleando sus ahorros en papel del Estado y en dedicarse á cobrar tranquilamente el cupón.

Y ahora figuran bastantes de ellos entre los quejosos y protestantes, como si no fueran los primeros responsables de lo que pasa, por su egoísmo y por su indolencia.

Lo que no hizo el capital español, pudieron á su vez, intentarlo los municipios buscando en los tranvías una gran fuente de ingresos; pero también por vicios de miopía ó indolencia semejantes á los de nuestra gente rica, concedieron el negocio por un plato de lentejas, y su explotación por un período de sesenta años.

A nadie más que á nosotros mismos, á nuestra incuria, á nuestra falta de iniciativa, al amor rutinario al cupón, podemos achacar el que los extranjeros se hayan hecho dueños de los ferrocarriles, de los tranvías y de una gran parte de las minas.

Pagamos, pues la pena, que corresponde á nuestra culpa.

EL VIAJE A SAN ISIDRO.

TRENES BARATOS

En todas las principales estaciones de la compañía de Madrid, Zamorano y Alicante, inclusive las de Cataluña, y en las de las líneas que con ella combinan Cádiz, Málaga, Almería, etc., etc., se expendrán billetes de ida y vuelta con destino á Madrid, á precios baratísimos, los días 10, 11, 12, 13 y 14 del presente mes, válidos para regresar en cualquiera de los días 15 al 20 del mismo, ambos inclusive.

El viaje podrá efectuarse por los trenes ordinarios, excepto los expresos. Sin embargo, los viajeros procedentes de las estaciones de Sevilla, Córdoba, Hues y Barcelona, provistos de billetes de primera clase podrán utilizar los trenes expresos números 91, 92, 849 y 850, siempre que queden asientos disponibles.

Se concede á cada viajero el transporte gratuito de 15 kilogramos de equipaje.

Los billetes, aunque innominados, serán personales, prohibiéndose la reventa y reservándose las compañías el derecho á poner á disposición de los tribunales á los contraventores.

En los carteles fijados al público y en los prospectos que se distribuyen gratis en las estaciones, pueden verse todos los detalles de esta combinación, que por su mucha extensión no insertamos.

El año 1800 y 1900 comparados

Un curioso investigador francés ha hecho un detenido estudio acerca de las variaciones sufridas en el precio de las cosas en el siglo que ha concluido.

Los resultados son curiosos, y merece la pena de hacer idéntica investigación en España.

Damos la idea á los aficionados, y entre tanto ahí van algunas cifras de las obtenidas por el aficionado francés.

En general, el precio de las cosas ha aumentado, ó en términos técnicos: el valor de la moneda ha disminuido, es más abundante. El trigo es la única mercancía que se cotiza, sobre poco más ó menos, al mismo precio. A pesar de esto el pan ha subido de 18 á 20 céntimos el kilogramo á 45 por la elevación de los salarios, pero es mucho mejor y no escasea.

Se come en Francia diez veces más carne que hace un siglo, y como no ha aumentando la producción, en la misma proporción, el kilogramo que se vendía en la Revolución á 66 céntimos, hoy vale 1'70 por lo menos. Apreciando su valor en trigo puede decirse que equivale á dos kilogramos en los tiempos de Luis XV, á tres en 1789 y á siete en 1900.

Los huevos han disminuido de un modo lamentable; en la edad Media se pagaban á céntimo pieza, en 1800 de 30 á 70 docena, según la estación; hoy á 1,80 y gracias.

La manteca vale doble, y la leche, que se pagaba á tres céntimos litro, hoy que comprarla hoy á 40 ó 50 sin nata y bautizada.

Los vinos han aumentado de precio de un modo exorbitante; á pesar de no haber variado el coste de producción.

En cambio, el pescado, el de mar especialmente, ha bajado en una mitad, gracias á la economía y facilidad de los transportes, á pesar de consumirse diez veces mayor cantidad.

Pero lo que ha aumentado más de precio

eneñado y dos estrellas en el capote, refiere á su vecino, que no lleva estrellas y al negro el cuéltio, detalles sobre el combate de Alma. El primero está algo bebido; sus relatos, interrumpidos frecuentemente; su incierta mirada, que refleja la falta de confianza que estos inspiran á su oyente, y las valentías que se atribuye, así como el color recargadísimo de sus cuadros, hacen comprender que se aparta por completo de la verdad. Pero no es debida preocupar de esas relaciones que órlan durante mucho tiempo de un extremo á otro de Rusia; no sentía ya más que un deseo: trasladarse directamente al cuarto batallante, del que de tan diversos modos os venían hablando. Habéis observado cómo todo aquel que refiere haber estado allí, hacerlo con satisfacción y orgullo, y que quien se dispone á ir, deja ver ligera emoción ó una exagerada sangre fría. Si se da broña á alguno, invariablemente se le dirá: «Anda, vé; vete al cuarto batallante». Si encontramos un herido en la camilla, y queremos saber de dónde viene la respuesta será casi siempre la misma: «Del cuarto batallante». Sobre el terrible bañante se han extendido dos opiniones distintas: la primera, la de los que no pusieron allí nunca los pies, y para los cuales es inevitable tumba de sus defensores; después, la de los que, como el oficialito rubio, viven allí y al hablar, di-

cen sencillamente si está seco el piso ó fangoso, si hace calor ó frío. En la media hora que pasasteis en el restaurant ha cambiado el tiempo; la niebla que se extendía sobre el mar se levantó; nubes apiladas, grises, húmedas, ocultan el sol; el cielo está triste; cae una lluvia, mezclada con menuda nieve, que moja los tejados, las aceras y los capotes de la tropa. Trasponiendo otra barrizada, subireis por la calle principal; allí ya no hay muestras en las tiendas; las casas están inhabitables; las puertas cerradas con tabloncitos hendidos las ventanas; ya la aguja de un edificio desplomada, ya el muro perforado. Las casas, semejantes á veteranos carcomidos por el dolor y la miseria, parecen contemplaros con altivez y aún diríase que con desprecio. En el camino tropicéis á lo mejor con balas de cañón enterradas, ó con agujeros llenos de agua, perforados por las bombas en el suelo pedregoso. Dejéis atrás los grupos de oficiales y soldados; encontráis, algunas que para mujer ó un niño; pero aquí no. No veas sombra de mujer. Y la del marino; envuelta en una capa de pieles viejas; se calzó varias botas de soldado. La calle baja en suave pendiente; pero ya no hay casas; sólo un montón informe de arpillera, pieles, tablas y vigas. Ante vosotros, sobre un cerro escarpado, extiéndose un espacio negro, fangoso, cortado por zanjas, y

cae; y por todas partes os llega el silbar de las granadas que, ora zumban como abispos, ora gimen y bienen los aires vibrando como una onada de instrumento, dominándolo todo el tronar siniestro del cañón, que os sacude de pies á cabeza aterrorizándoos.

Este es el cuarto batallante; el lugar verdaderamente terrible—os decís, experimentando ligera emoción de orgullo y otra inmensa de mal comprimido miedo.—No; no es verdad; sólo el juguete de una ilusión. Aquello no es aún el baluarte número cuatro; es el reduto de Japón, un piquete que, comparativamente, no es ni de peligro ni espantoso. Para llegar al baluarte, tened por aquella angosta trincherera que sigue agachándose el soldado. Podrá ser que halléis de nueva camilla, marineros y soldados con azadones y palas; hilos conductores que van á las minas, abrigos de tierra también fangosos, donde no pueden deslizarse arrastras más de dos hombres los plastuny (1) de los batallones del Mar Negro viven, comen, fuman y se caen entre trozos de hierro fundido de todas formas esparcidos por doquier. Otros cien pasos más y llegáis á la batería, una planicie hendida por zanjas, rodeada de costones, cubierta de tierra, de traveses y de cañones sobre su (1) Tiradores.